

Del espacio al tiempo: convivencia urbana desde la arquitectura, la literatura y la historia

Reseña del conversatorio “La convivencia”, ciclo *La ciudad como escenario*¹

From Space to Time: Urban Coexistence Through Architecture, Literature, and History

Review of the discussion on “Coexistence,” part of the The City as a Stage series

Valeria Zepeda Trejo

Instituto Tecnológico Autónomo de México

vzepeda@itam.mx

ORCID: [0009-0009-0107-7441](https://orcid.org/0009-0009-0107-7441)

El ciclo *La ciudad como escenario*, organizado por El Colegio Nacional de México, constituye un espacio de reflexión interdisciplinaria sobre uno de los fenómenos más complejos y urgentes de nuestro tiempo: la vida urbana contemporánea. La sesión dedicada a “La convivencia” reunió al arquitecto y coordinador Felipe Leal con la arquitecta y urbanista Laura Llanca y el escritor e historiador Jorge F. Hernández. A lo largo de casi dos horas, los participantes exploraron la convivencia no como un dato dado, sino como una práctica cotidiana, históricamente construida y permanentemente disputada, que define el carácter mismo de la ciudad como forma de vida humana. El resultado es un conversatorio rico en perspectivas y sugerente en sus planteamientos, que abre múltiples líneas de análisis mercedoras de una exploración más profunda.

Uno de los rasgos más notables del conversatorio es la heterogeneidad de los perfiles que lo componen y la manera en que esa diversidad disciplinar enriquece la discusión. Felipe Leal, como arquitecto y miembro de El Colegio Nacional,

¹ El Colegio Nacional, Ciudad de México, 2026. Coordinador: Felipe Leal. Participantes: Laura Llanca y Jorge F. Hernández. <https://www.youtube.com/live/GZOrWScU70>

aporta el andamiaje conceptual e histórico que enmarca el debate: traza la genealogía filosófica de la convivencia, contextualiza el problema en la larga duración y ofrece casos de estudio que anclan la reflexión en experiencias urbanas concretas. Por su parte, Laura Llanca introduce la dimensión técnica y empírica, indispensable para que la reflexión no se quede en abstracción: su experiencia en desarrollo urbano y construcción de comunidad en ciudades mexicanas traduce los grandes conceptos en intervenciones posibles, en decisiones de diseño con consecuencias reales sobre la vida de las personas. Jorge F. Hernández, en cambio, aporta lo que ninguna disciplina técnica puede ofrecer por sí sola: la dimensión del lenguaje, la literatura y la memoria como condiciones de posibilidad de la convivencia. Su voz introduce en el diálogo la pregunta por el significado —¿qué hace que un espacio urbano sea algo más que un conjunto de edificios y calles?— y la responde desde la historia y la cultura. En ese sentido, la suma de estas tres perspectivas demuestra que la ciudad, como objeto de estudio y reflexión, exige precisamente esa mirada múltiple y convergente: ninguna disciplina puede dar cuenta de ella por sí sola.

El aporte más sustancial del conversatorio radica en su reflexión sobre el espacio público como núcleo constitutivo de la convivencia urbana. Lejos de concebirlo únicamente como infraestructura o marco físico, los participantes lo presentan como el escenario privilegiado donde ocurre el reconocimiento entre ciudadanos y donde se produce, en sentido profundo, lo social. Esta perspectiva invita a leer la ciudad desde una clave que la historiografía urbana ha explorado ampliamente: la del espacio como un lugar cargado de significados, prácticas y memorias que los habitantes construyen y transforman a lo largo del tiempo. En ese marco, Felipe Leal apunta algo aparentemente sencillo, pero de gran calado: incluso sentarse en una banca de un parque y contemplar el paso de los demás ya es una forma de convivencia; no es necesario hablar, pues se convive visualmente, observando. Esta imagen encierra una comprensión sofisticada de lo urbano: la ciudad como espacio de presencia compartida y de experiencia sensorial colectiva. Desde la historiografía, esta dimensión conecta directamente con lo que Michel de Certeau (1996) denominó “prácticas de lo cotidiano”: esos modos de habitar, caminar y apropiarse del espacio que escapan a la planificación y revelan la agencia de los sujetos comunes en la producción de la ciudad.

Los casos de estudio presentados durante el conversatorio ilustran, de manera concreta, cómo distintas ciudades han apostado por restituir el espacio público a sus habitantes. Los *pocket gardens* de Nueva York, las calles peatonalizadas para clases de tango en Chicago, las mesas comunales dispuestas por el ayuntamiento de Copenhague en los días de verano o la Plaza Tlaxcoaque en la Ciudad de México reconvertida en foro provisional mediante petates y un talud: todos estos ejemplos comparten una lógica común. No se trata de grandes obras ni de inversiones

monumentales, sino de intervenciones que devuelven al ciudadano la posibilidad de encontrarse con el otro en condiciones de igualdad y apertura. Sin embargo, desde una perspectiva histórica, resulta significativo que esta recuperación del espacio público como espacio de convivencia democrática haya requerido, en muchos contextos, una lucha explícita contra su progresiva privatización y mercantilización —procesos que se aceleraron notablemente en la segunda mitad del siglo XX—. Los ejemplos citados no son, pues, simples buenas prácticas de diseño urbano; son respuestas históricamente situadas a una tendencia estructural que amenaza con reducir la ciudad a un espacio de consumo y circulación, vaciándola de su dimensión política y comunitaria.

La introducción filosófica e histórica que ofrece Felipe Leal sitúa la reflexión sobre la convivencia en una temporalidad de larga duración. Al recuperar a Aristóteles —el ser humano como animal político cuyo pleno desarrollo solo es posible en la relación con los otros— y a los contractualistas modernos como Rousseau y Locke, Leal apunta a algo fundamental: los problemas de la convivencia urbana no son nuevos ni circunstanciales, sino que están inscritos en la historia misma de la vida colectiva. La Revolución Industrial aparece en esta genealogía como un momento de ruptura decisivo: la ciudad industrial del siglo XIX transformó radicalmente las formas de coexistencia, generó nuevas modalidades de desigualdad y segregación, y obligó a repensar desde sus cimientos el significado de habitar juntos. Esta perspectiva de larga duración es uno de los aportes más valiosos del conversatorio, pues permite entender la convivencia no como un ideal abstracto, sino como una práctica históricamente variable, cuya configuración concreta depende de condiciones económicas, políticas y culturales específicas. No obstante, habría sido fructífero extender este análisis a la historia latinoamericana y, en particular, a la mexicana, donde las formas de convivencia urbana han estado marcadas por la herencia colonial, las migraciones masivas del siglo XX y las profundas desigualdades que persisten hasta hoy.

En estrecha conexión con este marco, el conversatorio aborda la desigualdad económica como condición estructural que define —y con frecuencia destruye— las posibilidades reales de convivencia. La afirmación de que la desigualdad no solo es un problema moral, sino que socava la cohesión social, merece leerse en toda su radicalidad: no se trata de un factor externo que dificulta la convivencia, sino de una condición que la vuelve imposible en sus formas más genuinas. Cuando el espacio público es privatizado o deteriorado, cuando la inseguridad se convierte en el horizonte cotidiano de amplios sectores de la población y cuando el acceso a los bienes urbanos está determinado por el ingreso económico, la ciudad deja de ser el espacio del encuentro entre iguales para convertirse en un mosaico de mundos paralelos que coexisten sin convivir. En ese sentido, Laura Llanca

aporta a esta reflexión su experiencia directa en el desarrollo urbano mexicano, dotando de concreción técnica y empírica a lo que, de otro modo, podría quedarse en abstracción teórica. Esta dimensión abre, a su vez, líneas de investigación histórica de gran relevancia: ¿cómo han respondido las ciudades latinoamericanas, en distintos momentos de su historia, al desafío de construir convivencia en condiciones de desigualdad estructural?

El cierre del conversatorio, protagonizado por Jorge F. Hernández, introduce una dimensión que conecta de manera especialmente profunda con la perspectiva historiográfica: la de la memoria como condición de posibilidad de la convivencia urbana. Su tesis central es clara: para que el espacio de la ciudad tenga significado —para que la convivencia sea algo más que mera coexistencia funcional— debe estar anclado en una memoria histórica viva y compartida. La comparación con la situación estadounidense, donde la memoria histórica enfrenta hoy un proceso acelerado de vaciamiento institucional, sirve como contrapunto para valorar la riqueza de una ciudad como México, capaz de mantener activo ese diálogo entre pasado y presente que Octavio Paz formuló con precisión: para ser verdaderamente modernos es necesario reconciliarse con el propio pasado. Esta idea resuena con fuerza en el campo de la historia urbana: las ciudades no son solo espacios físicos, sino archivos vivos de experiencias colectivas, y su capacidad para sostener formas genuinas de convivencia está íntimamente ligada a su capacidad de preservar, transmitir y renovar esa memoria. Ahora bien, la tríada que propone Hernández —lo bello, lo bueno y lo verdadero— como criterio de evaluación de la vida urbana colectiva ofrece un horizonte normativo que la investigación histórica puede ayudar a concretar: ¿en qué momentos y bajo qué condiciones han logrado las ciudades acercarse a ese ideal? ¿Qué actores, qué prácticas e instituciones lo han hecho posible?

El conversatorio “La convivencia”, del ciclo *La ciudad como escenario* de El Colegio Nacional, se revela, en conjunto, como un espacio de reflexión valioso e interdisciplinario que abre múltiples entradas para pensar la ciudad desde sus dimensiones más humanas e históricas. Sus planteamientos sobre el espacio público como lugar del reconocimiento ciudadano, sobre la desigualdad como obstáculo estructural a la convivencia y sobre la memoria como fundamento del significado urbano, constituyen puntos de partida fecundos que invitan a ser profundizados en la investigación académica. Cada uno de estos ejes —el espacio vivido, la desigualdad histórica, la memoria colectiva— configura un programa de trabajo que la historiografía urbana, la sociología, la antropología y el urbanismo están llamados a abordar de manera conjunta y sistemática. En ese sentido, el conversatorio cumple una función que va más allá de la divulgación: señalar, con lucidez y desde

perspectivas complementarias, los problemas fundamentales que definen la condición urbana contemporánea.

REFERENCIAS

De Certeau, M. (1996). *La invención de lo cotidiano. 1. Artes de hacer*. Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.